

Al despertaros de ese dulce sueño que se llama noviciado ¿recibiréis, como José, la orden de regresar á Nazaret, ó bien escucharéis de nuevo el terrible *egredere de terra tua?* Como quiera que sea, estad siempre dispuesta á cumplir la voluntad de vuestro Divino Esposo, y á procurar encender ese fuego que ha venido á arrojar á la tierra, y que se encuentra apagado casi totalmente en todas las partes del mundo.

¡Queridas hermanas! La presencia de esta vuestra nueva hermana os demuestra que más allá del horizonte que os circunda, hay otros horizontes todavía más vastos, abiertos á vuestro celo y á vuestro denuedo. Si alguna vez la voz del Señor os dice también: *sál de tu tierra y de tu parentela*, no vaciléis un solo instante, y sabed que en la tierra que os mostrare el dedo de Dios, hay, como en la tierra prometida, ríos de leche y de miel, jardines floridos, vergeles poblados de frutas deliciosas.

¡Que las bendiciones que Jesucristo ha prometido á las que dejan, por seguirlo, padre y madre, hermanos y hermanas, patria y parentela, caigan sobre vuestras cabezas virginales, y que juntamente con el céntuplo que ha prometido á sus discípulos, recibáis un día la vida eterna!



DISCURSO

LEÍDO EN LA DISTRIBUCIÓN DE PREMIOS DEL COLEGIO SEMINARIO,
LA NOCHE DEL 25 DE AGOSTO DE 1893.



MENTIRA me parece, después de los meses de angustia que hemos pasado, mentira me parece vernos aquí reunidos en la presente solemnidad. Cuento los dos centenares de alumnos, cuento las dos docenas de doctos varones que constituyen el cuerpo de profesores, y al ver que no falta uno solo, doy gracias á la Providencia que nos salvó de la epidemia, y de los tiros que, sirviéndose de ella como de parapeto, nos dirigió uno que otro enemigo de la civilización y de la Iglesia.

¿Por qué será, Señores, que precisamente en las épocas en que con más fuerza se ensaña la peste, con más furor también se desencadenan las pasiones humanas? Leed la gráfica descripción que de la *gran Plaga* de Londres de 1665 (como la llaman los historiadores), nos hace, entre otros, De Foe. ¡Qué orgías, qué asesinatos, qué robos, qué usurpaciones se veían en la gran Metrópoli, precisamente en los momentos de mayor desolación! No fueron menores los crímenes, ni menos execrables los horrores que presenció Milán durante la peste llama-

da de San Carlos. Popular es en todo el mundo civilizado, y muchos de vosotros conocéis, la incomparable novela de Manzoni *I Promessi Sposi*, en que con mano maestra describe la segunda peste de la misma Milán bajo el pontificado de Federico Borromeo. ¿Recordáis cómo habla de los sepultureros, que llegaron á formar una especie de casta, que dominó durante la epidemia? ¿Recordáis cómo, para prolongar su dominación, se esforzaban en propagar la enfermedad, arrojando ropas infestadas que contagiaran á los sanos? Escuchad estos horripilantes párrafos:

“Entraban como dueños ó como enemigos en las casas, y sin hablar del saqueo, y del modo como trataban á los infelices que por la peste tenían que pasar por aquellas inmundas manos, las ponían sobre los sanos, sobre los hijos, los padres, las mujeres y los maridos, amenazándolos con que los arrastrarían al Lazareto si no se rescataban al precio que ellos mismos fijaban. Otras veces vendían sus servicios negándose á llevar cadáveres ya corrompidos, á menos que no se les diesen tantos escudos Otros, fingiéndose sepultureros, se introducían en las casas en donde cometían extorsiones de todo género.”

Otros crímenes, mucho más execrables, se cometieron á nombre de la ciencia. Nos reímos ahora de los médicos de aquella época y de sus delirios; pero ellos se juzgaban los más sabios de todos los siglos, y atribuían á sus absurdas teorías la infalibilidad. Soñaron que el contagio se propagaba por medio de unciones que, ya por interés, ya por mero placer diabólico, se hacían (según ellos) en las puertas, en las paredes, en los templos, en

el interior de las casas. ¡Ay del que era sospechado de *untador*! El furor popular, la saña judicial, la tortura, la horca, la hoguera, castigaban sin tardanza su supuesto crimen. ¡Ay del sabio que negara la teoría de los *untamientos*! Ni más ni menos que el que hoy día pusiera en duda la de los microbios, estaba seguro de perder su reputación y de ser desterrado, cuando menos, del Senado de los doctos.

Sin recurrir más que á vuestros libros clásicos, oh jóvenes estudiantes, hallamos nada menos que en Homero, un ejemplo patente de los estragos y delirios de las pasiones humanas en tiempo de epidemia. El tifus (pues no parecen haber sido otra cosa las heridas causadas por el flechador Apolo) el tifus que diezma el ejército de los Griegos acampados frente á Troya, da ocasión á que se manifiesten de una manera altamente escandalosa la cólera de Aquiles, la lascivia de Agamenón, la superchería del sacerdote Crises, la irreverencia del satírico Tersites, el desenfreno de todos los jefes, la rebelión de los gregarios.

¿Qué mucho que en la epidemia que nos contristó á principios de este año, se vieran, aunque en pequeñísima escala, algunas de las escenas á que en semejantes casos ha dado lugar la fragilidad humana? No faltó, por ejemplo, quien, aprovechándose del terror general, y parapetado tras de una ciencia harto problemática, propusiera que se cerraran los templos y se dispersaran los alumnos de este plantel. No faltó quien, dirigiendo sus tiros solapadamente á mis más doctos profesores, trajera á colación, á propósito del tifus, la Pragmática de Carlos III. No faltó, por último, quien, nuevo Crises, explorando,

no las entrañas de las víctimas, sino microscopios más ó menos perfectos, y hablando, no por medio del oráculo de Apolo, sino por el conducto de anónimo libelo; no faltó, digo, quien hiciera del tifus una cuestión litúrgica, y declarara que la última exagerada recrudescencia de la epidemia se debía (contened la risa) á que ni las autoridades civiles ni las eclesiásticas, habían querido trasladar la fiesta de Pascua.

Á nadie guardamos rencor por estos ataques. Por el contrario, estoy agradecido al autor ó autores de los mismos, porque dieron lugar á que se me suministrara una prueba más del buen juicio, del sano criterio y de la recta intención de los habitantes de San Luis. Ni las autoridades ni el público hicieron el menor caso de los delirios de nuestros enemigos. ¡Y cuenta que esto fué en la época de mayor terror, en que los atemorizados habitantes se hallaban dispuestos á creer cuanto en nombre de la ciencia se les dijera, en que veían á cada paso violar su domicilio, sin ocurrírseles apelar á las garantías que da la Constitución, en que habrían afirmado, si alguno lo hubiera sugerido, no sólo haber visto con el ojo desnudo diminutos microbios, sino al mismísimo Satanás en el propio carruaje de seis caballos en que llegó á las puertas de la Catedral de Milán á reclutar *untadores*, según decía la crónica en la época de la segunda peste, de que acabo de hablar!

Esta nueva y brillante manifestación de la confianza del público en mis establecimientos de educación, y en mi modo de organizarlos y dirigirlos, ha aumentado, como es justo, mi propia confianza en mis diocesanos y en los habitantes de México en general, y ha venido á con-

firmarme en la idea de que, al multiplicarlos y al dar á mis empresas las proporciones que les vengo dando aun en esta época aciaga, he obrado, no sólo con la audacia que exige toda obra grandiosa, sino con la prudencia indispensable en todo el que edifica. No es que me considere al abrigo de tempestades y contratiempos. No es que reputé imposible, ni difícil, que el torbellino revolucionario, desencadenándose de nuevo, venga á derribar alguna ó varias de mis instituciones. Aun en este tristísimo caso, no se habrá perdido el tiempo ni el dinero. Quedará la generación por nosotros educada, y dispuesta á reparar las nuevas ruinas, con más ardor que el que nosotros hemos mostrado en reedificar lo destruido. Quedarán las construcciones materiales que, aun en otras manos que las nuestras, embellecerán la ciudad y serán útiles al pueblo por quien y para quien se erigieron ó engrandecieron.

No sucedería tal si, como algunos espíritus tímidos sugieren, nos cruzáramos de brazos aguardando mejores tiempos. Á nosotros toca *hacer* que los tiempos sean mejores. Si los jefes mostramos desconfianza, ¿quién tendrá valor? Si voluntariamente renunciamos á nuestros derechos de católicos y de ciudadanos, ¿cómo esperar que se nos restituyan plenamente?

Quizás, entre las censuras que por mis empresas se me dirigen, habréis oído decir: "*Ad quid perditio hæc?*" ¿No valiera más emplear estas sumas en la construcción de un buen colegio, seminario ó universidad, fuera del territorio nacional, pero bastante cerca de la frontera; al alcance de los mexicanos, pero donde no corra peligro de ser derribado por la segur de la Revolución?"

Guárdeme el cielo, Señores, de semejante aberración. Ya una vez se probó, hace poco menos de veinte años, un proyecto parecido, y el éxito fué infelicísimo. Después de sufrir irreparables pérdidas, tanto materiales como morales, preciso fué deshacer todo lo hecho y tornar al punto de partida, no con los laureles del triunfo, sino con el rubor del vencimiento. No son, en efecto, á propósito para formar sacerdotes ó religiosos, que han de vivir en un país católico, y cuyo espíritu ha de mostrarse aun en la compostura exterior, ciertos centros de indiferentismo, y movimiento puramente comercial, donde ni el culto resplandece, ni la disciplina clerical llega á la debida altura, ni el refinamiento ó la cultura reinan todavía en la sociedad. No es posible que á esos exóticos lugares se transplanten nuestras costumbres católicas y españolas, incrustándose en ajeno territorio una colonia que, á semejanza de los antiguos Israelitas, se mantenga segregada del resto de los mortales, ni es conveniente que nuestro clero sea educado lejos de la vista y de la influencia de sus Obispos y por superiores extranjeros y llenos de preocupaciones contra nuestra Iglesia y nuestra patria. No es cuerdo exponerse á continuos conflictos de jurisdicción, que podrán eludirse algún tiempo, pero que tienen que sobrevenir inevitablemente cuando uno ó varios Prelados tienen un establecimiento en el territorio de otro Prelado. No es patriótico el ir á dar á tierra extraña la gloria y las ventajas materiales que debemos á la nuestra, y el ir á construir con plata católica y mexicana, edificios que al fin y al cabo, como nos ha enseñado la experiencia, no servirán á mexicanos, y quizás ni á católicos. No es, por último, conforme á los in-

tereses de la Religión, ni al espíritu cristiano, huir antes que se nos persiga, cual si confesáramos que á nada tenemos derecho y que el *destino manifesto* de nuestros establecimientos de educación es ser destruidos sin remedio.

Guárdeme el cielo, repito, de semejante aberración. Por lo que á mí toca seguiré trabajando en medio de mi pueblo y para mi pueblo. Dios me ha favorecido hasta aquí, y confío que me seguirá protegiendo en lo futuro. Abrigo la firme confianza de que el espíritu de moderación que cada día se deja sentir en todas partes, no se perturbará por ninguna oleada revolucionaria, y que nuestros colegios y escuelas seguirán pacíficamente su marcha progresiva. Yo seguiré multiplicándolos ó dividiéndolos, juntándolos ó separándolos, según las necesidades de mi diócesi y las circunstancias lo exigieren, mirando tan sólo al interés de mi pueblo, sin que jamás me muevan mezquinas aspiraciones ni me arredren obstáculos ó contrarios juicios.

No, no temo las tempestades. ¿Sabéis lo que de cuando en cuando me inspira temores? Me temo á mí mismo, temo á los que conmigo navegan, os temo á vosotros. Empezando por lo último, os diré que me ha llamado la atención el saber que mientras en la escuela primaria los alumnos pasan de un centenar y medio, en Filosofía numeramos apenas *siete* escolares. ¿Qué significa esta desproporción? ¿No está indicando á las claras que cierto espíritu de inconstancia se ha apoderado de los padres de familia? ¿No debo temer que, si esto continúa, se vea muy presto reducido el Seminario á ser *magni nominis umbra*?

Para explicaros el segundo motivo de mis temores, permitidme una reminiscencia clásica. Los doctos profesores que me escuchan no habrán olvidado el curioso pasaje de la Odisea, que nos presenta al heroe arrojado á la isla de Éolo. Benignamente hospedado por el Rey de los vientos, á quien concedió Júpiter el poder de sujetarlos de tal suerte que á su arbitrio soplen ó se callen, permanezcan quietos ó se desencadenen, recibe Ulíses entre otros presentes, el más rico dón que ofrecerle pudiera tan poderoso monarca. Era nada menos que una odre en que encerró aquél los vientos procelosos, atándola con cuerda de plata al fondo de la nave, y cerrando la boca de tal suerte que ni el menor soplo pudiera escapar. Solo al Zéfiro deja la facultad de ir empujando la vela del héroe, quien sentado siempre al timón llega en seis días á divisar las costas de su patria. Pero ¡ay! mientras reposa un momento, los marineros movidos de curiosidad ó de codicia, abren el misterioso saco. Salen los vientos con centuplicada furia, maltratan la nave y, á riesgo de hacerla pedazos, la vuelven á llevar con vertiginosa rapidez al punto de partida, dejando á Ulíses en el mayor desamparo, y más lejos que nunca de la deseada orilla.

¿Y por qué me temo á mí mismo? preguntaréis quizá. No llevéis á mal que os lo explique con el ejemplo de terrible catástrofe reciente. Lo habéis leído todos en los periódicos. La escuadra Inglesa se halla en las aguas de Trípoli, haciendo esas evoluciones y maniobras en que no la iguala ninguna marina del mundo. El mar está en calma; no hay enemigos lejos ni cerca; comanda la flota el almirante más hábil de la nación y en quien to-

dos tienen confianza ilimitada. De repente, para formar una sola de sus dos divisiones, manda que giren hacia adentro las naves, describiendo un estrecho círculo. Vacilan los Capitanes, retardan la arriesgada evolución, y cuando por fin la ejecutan, es ya tarde. Uno de los buques hiere con su espolón nada menos que la nave almirante, que se sumerge en pocos minutos con su desdichado jefe y otros muchos valientes marinos.

Aun en medio de la confianza más ilimitada, conviene precaver con tiempo los males. He aquí por qué os manifiesto mis temores. Espero, no obstante, que ni la suerte de Ulíses ni la del almirante Inglés me están reservadas. Ruego al Eterno Padre, con las palabras de su Hijo Divino, que no permita que perezca uno solo de los que se me han encomendado. Confío en que las naves de mis diversos establecimientos jamás se volverán unas contra otras, y que nadie osará dentro de mi propia barca, desatar los vientos de la calumnia, del chisme, ó de la falsía, más funestos para quien los suelta que para aquellos á quienes van dirigidos; y pido á la Providencia que aquí nos podamos reunir todos el año venidero, y celebrar los triunfos literarios, no sólo de los que empiezan, sino de muchos humanistas consumados, y de un buen número de filósofos, triple siquiera del que este año ha frecuentado nuestras aulas.

